Nora y el abeto del corazón



Abuela Inga

Este libro pertenece a

_____

¡Bienvenido a este libro de ejemplo! Está hecho igual que estará el tuyo, con las fotos y las elecciones que se muestran al lado, y enseña cómo puede ser un cuento de Saga para ti. Pasa las páginas, lee e imagina a tu hijo o hija como el héroe de su propio cuento.

Olía a hojas mojadas y a mañana fría cuando Nora cerró su pequeña mochila. Dentro llevaba el bloc de dibujo, tres lápices de colores y una manzana con un golpe que parecía una boquita. La Abuela Inga sostenía una cesta de mimbre. «Hoy buscaremos rebozuelos para mi pastel de setas», dijo. «Si el bosque está de buen humor.»

Nora entrecerró los ojos mirando los árboles junto al camino. «Pero tú tienes tu lugar secreto de setas». La Abuela Inga sonrió hasta que sus mejillas se volvieron redondas. «Voy allí desde que era pequeña». Nora se subió la cremallera hasta la barbilla. «Entonces iremos una cosa cada vez», dijo. «Primero encontramos el bosque.»





El bosque empezaba detrás de una piedra vieja al borde del camino. Por allí debía adentrarse el sendero estrecho, dijo la Abuela Inga. Pero unos abedulitos crecían justo en medio, y los helechos habían tendido sus plumas verdes sobre el suelo.

La Abuela Inga dio unos pasos a la izquierda y luego unos a la derecha. Miró un tocón cubierto de musgo y frunció la nariz. «No. No era así cuando yo tenía seis años». Nora miró la cesta. Estaba vacía, vacía, vacía. «¿Quizá el sendero se ha mudado?», preguntó. La Abuela Inga se rio un poquito, pero no mucho. «Los senderos rara vez se mudan. Pueden desaparecer». Nora miró entre los árboles. Allí dentro, el musgo parecía un cojín verde.

Nora no quería volver a casa con la cesta vacía y una fuente de pastel esperando. Señaló el musgo entre los pinos. «Dijiste que primero se pasa por el musgo. Me acuerdo.»

«Seguro que sí lo dije», respondió la Abuela Inga. Nora puso una bota sobre un claro y luego la otra. Rodeó las plantitas que acababan de asomar de la tierra. «Una cosa cada vez», dijo. «Primero, el musgo». La Abuela Inga se quedó justo detrás de ella, lo bastante cerca para ayudarla si una piedra resbalaba. «Puedes ser buscadora de senderos», dijo. Nora levantó la barbilla. Sonaba como un trabajo con bolsillos muy importantes.





Después del musgo se alzaba un hormiguero junto a la raíz de un pino, marrón y redondo como un cojín espinoso. Las hormigas corrían arriba y abajo, arriba y abajo, con agujas de pino y cosas diminutas en la boca. Nora se inclinó, pero mantuvo las manos detrás de la espalda.

«Pasamos el hormiguero», dijo. «¡Era lo siguiente!» La Abuela Inga asintió. «Escuchaste mi historia mejor que yo». Nora tomó un camino curvado alrededor del hormiguero. «Ya tienen mucho que hacer». Al otro lado se oyó un borboteo suave, casi como si alguien susurrara dentro de una regadera. Nora se detuvo tan de golpe que la cesta de la Abuela Inga se balanceó. «¿Lo oyes?»

El arroyo brillaba entre piedras oscuras por el agua. En una poza tranquila, unas hojas amarillas daban vueltas, vueltas, vueltas. La Abuela Inga señaló una rama vieja sobre el agua. «Antes era mi puente.»

Nora miró la rama resbaladiza y luego a la Abuela Inga. «No necesitamos puente. Tenemos que ir junto al arroyo, no cruzarlo». Siguió la orilla y pasó por encima de una raíz. La Abuela Inga fue detrás, tan cerca que sus botas casi se tocaban. «Una cosa cada vez», dijo Nora. «Ahora, el arroyo». Pero cuando el agua dobló tras unos matorrales, la montaña se alzó ante ellas. De cerca parecía muchísimo más grande.





«Arriba, a la montaña con vistas», dijo Nora. La Abuela Inga se lo había contado una vez, mientras dibujaba setitas pequeñas en la servilleta de Nora, junto a la mesa de la cocina. Nora encontró una roca ancha y seca. Plantó bien la bota, agarró una raíz áspera y trepó.

«Despacio», dijo la Abuela Inga justo detrás de ella. Nora quería darse prisa, pero respiró hondo y movió una mano cada vez. Arriba del todo se sacudió las agujas de pino de la rodilla. «Una cosa cada vez», murmuró. No había ningún rebozuelo. Solo piedra, brezo y un cielo enorme. La cesta seguía colgando vacía junto a la Abuela Inga.

Desde la montaña, Nora vio el arroyo relucir como una cinta torcida entre los árboles. Los abedules eran amarillos, los abetos casi negros. En algún lugar de allí abajo estaba el lugar de la Abuela Inga, aunque se escondía muy bien.

«¿Cuál era el abeto?», preguntó Nora. La Abuela Inga se puso una mano sobre los ojos y buscó. «Un abeto grande. Pero en un bosque hay bastantes abetos». Nora se agachó y dibujó en la gravilla: un hormiguero, un arroyo, una montaña. Hizo un abeto con muchos trazos rápidos, pero el dedo se detuvo en medio del tronco. «Espera», dijo. «Me contaste algo más sobre aquel abeto.»



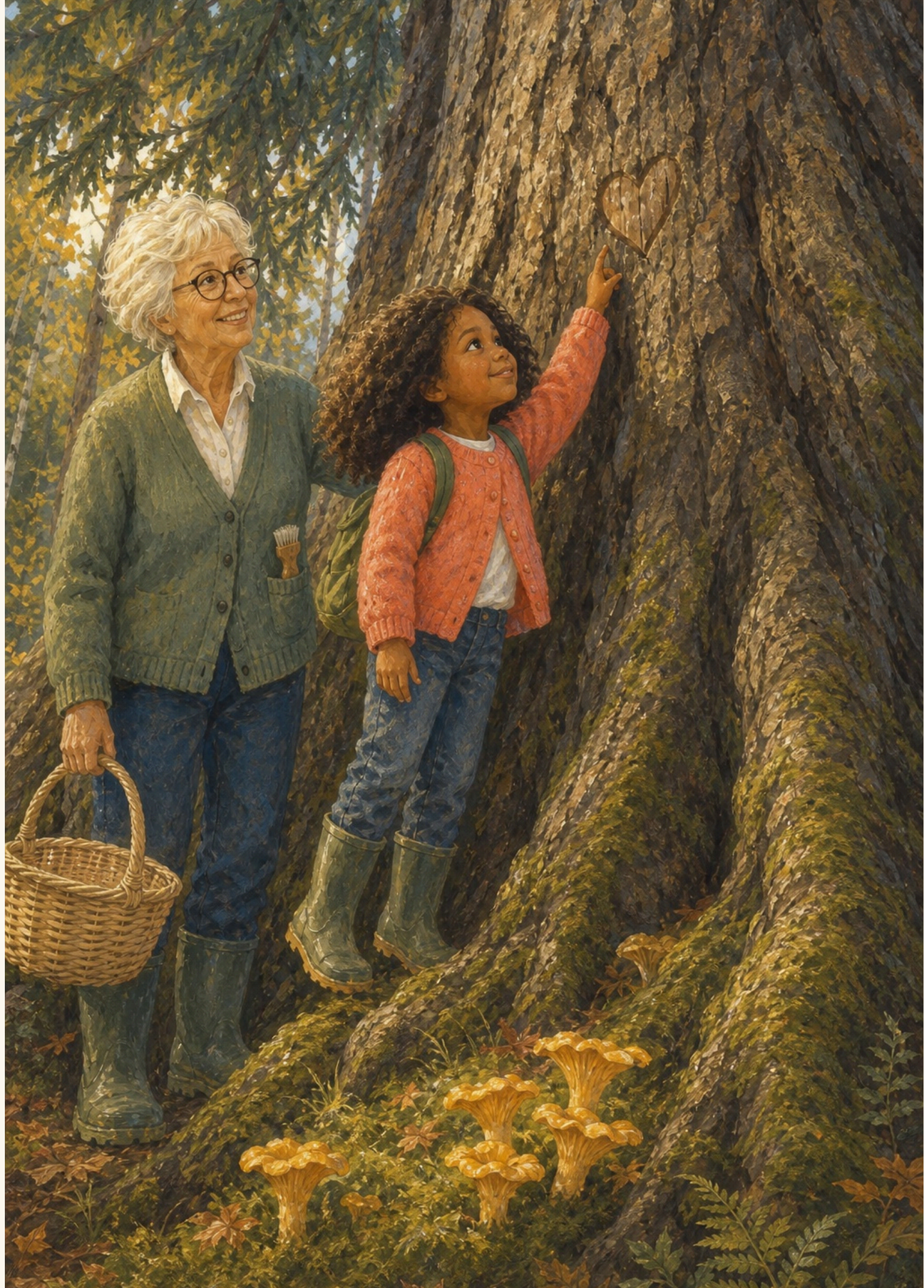


La Abuela Inga miró el dibujo de Nora en la gravilla. «Te conté lo de...» Entrecerró los ojos. Nora dibujó un corazón en medio del tronco del abeto.

«¡El corazón!», dijo. «Hay un corazón tallado en el abeto grande». La Abuela Inga se llevó una mano a la frente. «Es verdad. Mi hermano mayor lo talló cuando era pequeño, y a mí me parecía muy bonito». Nora señaló un abeto que sobresalía con una copa ancha y oscura. «Ese es el más grande». La Abuela Inga entrecerró los ojos hacia los árboles. «Podría ser ese». Nora se levantó y se limpió las manos. «Entonces vamos a mirar. Una cosa cada vez.»

Bajo la montaña, el bosque se volvía más oscuro y silencioso. Nora iba delante, pero esperaba a la Abuela Inga junto a las raíces y las piedras. El gran abeto estaba allí, con raíces como dedos gruesos sobre la tierra.

Nora dio una vuelta alrededor del tronco. Al principio solo vio la corteza agrietada y un bulto de resina vieja. Entonces vio dos líneas curvadas y una punta pequeña. «¡El corazón!», gritó. La Abuela Inga se acercó y sostuvo la punta del dedo junto a la marca, sin tocar la corteza. «Ahí está». Nora miró entre las raíces. Algo amarillo brillaba en el musgo, como pequeños sombreros de sol bajo el abeto.





Alrededor de las raíces del abeto crecían rebozuelos en pequeños grupos amarillos. Nora encontró uno, luego tres, y después tantos que tuvo que volver a contarlos. La Abuela Inga sacó su pequeño cepillo para setas. «Solo cogemos las que las dos reconocemos», dijo, y Nora enseñaba cada seta antes de que pudiera ir a la cesta.

«Las diminutas se quedan ahí», dijo Nora, señalando unas que apenas habían abierto sus sombreritos. Escogió rebozuelos grandes y bonitos, y la Abuela Inga les quitó con el cepillo las agujas de pino y la tierra. Una cosa cada vez: mirar, preguntar, coger, cepillar. Pronto hubo un pequeño montón dorado en la cesta. «¿Alcanza para el pastel?», preguntó Nora.

La Abuela Inga se inclinó sobre la cesta y sonrió. «Para un pastel muy rico». De camino a casa, el hormiguero seguía junto al pino y las hormigas aún corrían de un lado a otro. El musgo cedía bajo las botas. El arroyo borboteaba y las hojas daban vueltas, vueltas, vueltas.

Nora contó las pistas con los dedos. «El musgo. El hormiguero. El arroyo. La montaña. El abeto del corazón». La Abuela Inga la miró de reojo. «¿Y qué haremos el año que viene, cuando los helechos intenten esconder el camino otra vez?» Nora apretó los labios, como si fuera una pregunta muy difícil. Después dio unas palmaditas a la mochila donde estaba el bloc de dibujo. «Dibujamos, claro». En casa esperaban la harina, los huevos y la fuente de pastel.





En casa, la Abuela Inga sacó harina, mantequilla, huevos, queso y una fuente redonda para pastel. Nora se lavó las manos tanto rato que el agua se puso fría. Después apretó la masa en el molde con los dos pulgares. Primero, el borde quedó fino por un lado y muy grueso por el otro.

«Parece una montaña», dijo Nora. «Una montaña con muchísimo hambre», dijo la Abuela Inga. Juntas igualaron el borde. Nora esparció los rebozuelos sobre la base mientras la Abuela Inga batía la mezcla de huevo. «Una cosa cada vez», dijo Nora. «Primero, la masa. Luego, las setas. Luego, el queso». Cuando el pastel entró en el horno, la ventana de la cocina volvió a empañarse.

Mientras el pastel se enfriaba, Nora abrió su bloc de dibujo. El musgo se convirtió en un gran cojín verde. El hormiguero se convirtió en una colina con puntitos. El arroyo tuvo una curva azul, la montaña una cima gris, y el abeto se volvió tan grande que casi salía del papel.

«No olvides el corazón», dijo la Abuela Inga. Nora hizo un corazón rojo en el tronco y un pequeño punto amarillo junto a las raíces. Después trazó la última línea azul del arroyo. La cocina olía a mantequilla, queso y bosque de otoño. La Abuela Inga puso dos platos sobre la mesa. Nora dejó el lápiz rojo atravesado sobre el mapa. «El año que viene», dijo, «iremos una cosa cada vez.»



Nora y el abeto del corazón

Nora y la Abuela Inga van al bosque de otoño a buscar rebozuelos para el pastel de setas de la abuela. Cuando el sendero secreto ha desaparecido entre la vegetación, Nora las guía, una cosa cada vez, hasta un abeto con un corazón en la corteza.

es-es.sagatilldig.se